

caísmo está sometido, consiguientemente, a la política del gobierno. Un índice de esta dependencia lo proporcionan las huelgas: cuando gobiernan presidentes conocidos por su política obrera y popular, hay mayor número de huelgas y huelguistas; es como si los dirigentes sindicales y los obreros se sintieran protegidos o estimulados—incluso— por la fuerza presidencial.

Si se considera el panorama en conjunto, puede afirmarse que, en la medida en que el país mantenga las tasas elevadas de desarrollo y de movilización y continúe la política de movilización equilibrada, la seguridad política y económica del sistema actual tiene máximas probabilidades de durar. En tal caso, es probable que la estructura social de México se vaya aproximando más y más a la de una sociedad neo-capitalista sin haber pasado, con todo, por el estadio clásico del capitalismo.

Con todo, ya desde ahora, se percibe en la sociedad mexicana la mezcla *sui generis* de subdesarrollo y de neo-capitalismo.

Ramón Eduardo Ruiz: *Mexico: The Challenge of Poverty and Illiteracy*. The Huntington Library. San Marino, California, 1965. pp. 234.

Ramón Eduardo Ruiz es uno de esos descendientes de mexicanos, nacidos en Estados Unidos de América, que honran por igual a su suelo natal y al país de sus padres. Honra a su suelo natal por el nivel de preparación académica que logró en él; a sus padres, porque no los revela como cultivadores de su interés por el viejo hogar: por un país que sufre serias deficiencias y que, no obstante, se obstina en responder al reto: al reto de la pobreza y del analfabetismo, dos problemas que no se suman sino se multiplican entre sí. Como que, si en algo vale nuestra distinción entre desarrollo, evolución y progreso es por lo que

tiene de correspondencia con un saber de sí que tiene que apoyarse en el alfabetismo; con un poder de auto-realización (de actualización de potencialidades) enraizado en la técnica; con un avance que tiene manifestaciones objetivas principalmente económicas.

Latinoamérica, África, Asia comparten varios problemas: existen éstos en todas estas áreas, aunque en grados y con manifestaciones diversas. Existe en ellas, se nos recuerda, “gran pobreza rural, economías desequilibradas que favorecen a las minorías urbanas, concentración de la tierra en manos de los elegidos (la *élite*), dificultades étnicas y lingüísticas; un analfabetismo ampliamente extendido”. En Latinoamérica, sin embargo, México tuvo una revolución (un cambio o, por lo menos, un intento de cambio, parcialmente logrado y en parte fallido) que precedió a las convulsiones asiáticas y africanas de nuestros días. Los cambios que se trataron de introducir fueron sancionados por la Constitución de 1917 y, entre ellos, el educativo pareció dirigirse preferentemente a las masas campesinas.

Se construyeron —se han venido construyendo—, escuelas, a ritmo rápido, incluso en villorrios y rancherías apartadas; pero, como indica Ruiz, la construcción no ha dado alcance al ritmo de crecimiento. Observación es ésta que suscita dos reflexiones. Por una parte, la referencia es a los informes presidenciales y a una de sus fallas más notables: no basta, en efecto, con mostrar el crecimiento continuo de los servicios (que favorece el optimismo); es indispensable dejar constancia —correlativamente— de cómo crecen las necesidades y cómo los satisfactores, para apreciar si hay mejoría real, estancamiento o, incluso, empeoramiento de nuestras condiciones de vida. Por otra parte, hay otra reflexión que hacer en cuanto si el rezago se produce entre la población necesitada y los servicios es, en buena parte, por-

que México —un país de masas— sigue empleando las fórmulas del *trivium* y el *quadrivium*, y el aula cerrada y la transmisión de “mouth-to-ear” de tiempos de Carlomagno y de sociedades con débil densidad demográfica. Una de las fallas fundamentales de México, lo diga Ruiz o no, es la falta de imaginación sociológica; el que en un país de versificadores fáciles no existan poetas (creadores) sociales.

En esas condiciones, tratar de responder al reto del analfabetismo y la pobreza es patético, es dramático; es desesperado y prácticamente inútil. Lo es más si, como indica Ruiz, hay dos dificultades básicas en la crisis de la educación rural en México y de ellas la principal es no sólo la insuficiencia sino la descabellada distribución del presupuesto federal en materia educativa. Dice Ruiz —y citamos extensamente— lo siguiente:

“Las deficiencias monetarias, en el frente de la escuela rural, son claramente aparentes. 80% de las escuelas públicas elementales, con casi la mitad de la inscripción nacional, eran rurales. Un 70% aproximadamente, eran federales. Es inequívoco el que las escuelas elementales representaban volumétricamente la actividad principal, del gobierno federal en la educación. Del gobierno central dependían más personas —para su instrucción primaria— que de cualquier otro organismo. *En cambio, la educación rural obtenía una participación mínima de los fondos públicos*” (el subrayado es nuestro).

Si tomamos en cuenta esta observación de Ruiz y la ponemos de relieve porque pensamos que la educación rural debería de absorber una porción máxima del presupuesto educativo nacional, en detrimento, por ejemplo, de la educación universitaria, que parece recibir una proposición exagerada del

mismo (así sea queja constante de los Rectores, y queja justificada, la penuria de sus universidades de provincia)? De ningún modo. El dilema no está en: o atender a las masas o atender a los selectos; el dilema está en educar a México (masas y selectos) o dejarlo sin educación (y dejarlo sin educación es, en este caso, educar o sólo a unos o sólo a los otros). México necesita dirigentes, guías de su progreso; pero, esos guías no podrán realizar su labor entre masas analfabetas, sin conciencia de sí, sin capacitación tecnológica. En este sentido, lo que Ruiz no dice, pero nosotros debemos decir, es que es importante que la educación de los selectos reciba la proporción debida —incluso considerable— del presupuesto educativo nacional (pues son ellos los catalizadores del progreso) pero también que es importante que éstos sean *auténticos* selectos. Un país como México, de grandes masas y aguda pobreza, no puede permitirse el lujo de una universidad de masas no calificadas. Su universidad debe ser selectiva, aunque sus criterios selectivos no puedan ser económicos sino deban ser intelectuales y de sentido cívico de los aspirantes

Un país de pobreza y analfabetismo rampantes (como los que muestra Ruiz en su libro) verdaderamente deseoso de responder al reto, no puede —tampoco— entregarse a los vaivenes de la política personalista que, como indica el autor, discontinúa los esfuerzos meliorativos. Ruiz subraya, correctamente, que, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos de América, en México la educación rural es responsabilidad del gobierno federal y que, dentro de éste, el Ministerio de Educación es la veleta de la política mexicana. Más aún, señala que “la historia de la educación rural ofrece una visión excelente de los giros y cambios que los dirigentes mexicanos han tomado a través del tiempo”. Influido quizás por la visión continua

del seccionalismo estadounidense, Ruiz marca dos etapas de cambio en la política educativa rural refiriéndolas a los norteños y a los sureños. La otra etapa, de acuerdo con un criterio distinto, la caracteriza como "la de los abogados". En la primera etapa (1917-33), los cambios educativos fueron moderados y se aceptó la educación rural; en la segunda etapa (1933-41), los dirigentes fueron radicales y frecuentemente (de acuerdo con el autor) se hizo demagogia; en la tercera (1941...), los abogados-políticos, voceros de las clases medias urbanas, emergentes, "se alejaron de los ideales agrarios de la cuarta década y su escuela rural tendió a copiar los métodos pedagógicos tradicionales y a enfatizar la alfabetización".

Las valoraciones implícitas de Ruiz son desfavorables prácticamente a todas las etapas y a todas las políticas. La crítica más seria parece dirigida en contra de la segunda etapa (Bassols, Cárdenas) cuyas orientaciones habrían hundido —según él— a la escuela rural "en los miasmas del colectivismo". Su valoración sería igualmente negativa respecto de la etapa alemanista con su escuela rural copia de la escuela urbana y su visión licenciosa (de *loisir*) del aprendizaje por el aprendizaje mismo, próxima de los intentos del "filósofo convertido en reformador José Vasconcelos" que, no obstante, no llegaron a obstruir los intentos de Sáenz y Rafael Ramírez. Éstos, con inspiración *deweyana* enfatizaron el aprendizaje por la acción, próximo, en cierto sentido, del pragmatismo de la etapa cardenista, que buscaba —además, o en contraste— enseñar para lograr algo en beneficio del grupo y no sólo del individuo. En este sentido, uno y otro intentos se salvarían de la quema general.

La valoración explícita de Ruiz es menos dura. Considera que, en conjunto, "a pesar de los errores pasados y la miopía reciente, la pintura no es

desesperada". Que a más de las múltiples escuelas y de la acción indigenista ("México: la lucha por una lengua nacional", hacia la que llamó nuestra atención el Director del Instituto), hubo beneficios marginales intangibles (pues gran parte del reparto agrario no hubiera podido realizarse sin la colaboración de los maestros rurales) y que por lo menos un grupo de 20 o 30 gentes envejecidas en la Secretaría de Educación "mantuvo intacto el idealismo y la percepción de los Sáenz, Ramírez y Bassols". En ese grupo de auténticos dirigentes educativos de México, destaca el doctor Jaime Torres Bodet, en quien el maestro Lucio Mendieta y Núñez reconoció —en un homenaje— a un depositario y realizador de los ideales vasconcelianos de educación para México.

Ramón Eduardo Ruiz ha hecho un trabajo digno de encomio. Descendientes de mexicanos como él, atentos a los sufrimientos y las luchas de México, nos hacen sentir a los mexicanos de dentro del país la deuda que tenemos con ellos y con sus padres (con los mexicanos de fuera) ya que si ellos nos ayudan a ver claro en nuestra problemática, nosotros debiéramos contribuir a hacerles ver claramente su prosapia, a fin de evitarles los sentimientos de minusvalía que frecuentemente acompañan a los hijos de inmigrantes de un país pobre y que sufre atraso tecnológico, cuando viven en un país rico y avanzado tecnológicamente.

(U. V.)

José Gómez Robleda, *Psicología del Mexicano*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales. México, 1965. 2ª edición. 112 pp.

Las experiencias que aquí se relatan fueron hechas, todas, en grupos homogéneos de personas adultas de ambos sexos, de treinta años de edad por término medio.